



Confederazione Mondiale Mornese Exallieve ed Exallievi delle Figlie di Maria Ausiliatrice

Via Gregorio VII, 133/B 00165 Roma

Tel. 06/39.37.51.31 C.F. 97070250580 www.exalliefma.org

“LA MÁS HUMILDE Y ELEVADA CREATURA” En camino con María maestra de ecología integral

4. María fuente sellada

Linda Pocher, fma

El Papa Francisco concluye el número 241 de la Encíclica Laudato Si, dedicado por entero al cuidado de María por la Creación, invitándonos a pedirle ayuda para aprender a "mirar este mundo con ojos más sabios". Los ojos sabios de María, en efecto, saben reconocer en cada elemento de la Creación un signo del amor de Dios por nosotros. Vivir la conversión ecológica significa, ante todo, llegar a ser capaces de esta mirada, desde la que podemos reconocer en el respeto y el cuidado del medio ambiente y del prójimo la llamada fundamental que Dios dirige a cada una de sus criaturas.

El primer elemento de la Creación sobre el que queremos intentar lanzar una mirada de conocimiento, junto con María, es el agua. El primer relato de la Creación (Gn 1), presenta el universo antes del acto creador de Dios como una masa informe y desierta, envuelta en tinieblas y cubierta por las aguas primordiales. En este caos primordial, Dios interviene con su Palabra creadora para dar nacimiento al mundo, separando la tierra seca de las aguas. El caos se convierte en cosmos: orden, armonía, un lugar hospitalario para la vida.

El mundo habitable que conocemos, marcado por la alternancia del día y la noche y el paso de las estaciones, el mundo cubierto de vegetación y habitado por multitud de seres vivos, estaba, antes de la creación, encerrado en el pensamiento y el deseo de Dios, igual que un niño aún informe, recién concebido, descansa en la oscuridad inmerso en el líquido amniótico, contenido en el vientre de su madre.

Esta analogía entre la creación del universo y la formación del niño en el seno materno es retomada por la Escritura en el Salmo 138, que describe la obra creadora de Dios con cada ser humano: mientras crece en el seno materno, el niño se encuentra en el centro del universo y es en el seno materno donde tiene lugar el primer encuentro entre el ser humano y Dios, según la Escritura (Jer 1,5).

El parto, por los riesgos que entraña para la madre y el niño, es el primer acto de salvación que Dios realiza en favor de toda criatura (Sal 21,10-11), hasta el punto de que la Escritura utiliza esta misma metáfora para narrar el gran acontecimiento de liberación que fue el Éxodo: el paso del Mar Rojo, en efecto, es una gran escena de parto. Como una comadrona experimentada, Dios libera al pueblo del peligro de muerte y lo introduce en una nueva vida (Ex 14). Lo saca de las aguas hacia la sequedad. Todo ser humano, aunque no tenga memoria consciente de ello, procede del agua, creció en el agua y se alimentó en el agua del vientre materno hasta que tuvo edad suficiente para respirar por sí mismo. El agua es el elemento que medió, durante todo el embarazo, entre el bebé que crecía y la madre que lo cuidaba. Quizá también por eso el Cantar de los Cantares compara el vientre de la mujer con un manantial, al que el hombre anhela volver.

En el capítulo 4, especialmente en el versículo 14, el amado canta la virtud de su amada, llamándola "fuente sellada". Desde los tiempos de los Padres de la Iglesia, los cristianos han visto en este versículo una descripción poética de la virginidad fecunda de María: su vientre es una "fuente

sellada", en la medida en que ha recibido nada menos que al niño Jesús. La virginidad cristiana, sin embargo, la virginidad de María en particular, no es clausura. O mejor dicho: no es una mera renuncia. Y, de hecho, si seguimos leyendo el Cántico, leemos en el versículo 15 que de esta fuente cerrada sale un agua que riega multitud de jardines, y en el capítulo 5, versículo 1, el amado invita a sus amigos a saciarse y a calmar su sed con la belleza y la virtud de su amada.

La fuente sellada, por tanto, no es una fuente de la que no se puede beber, sino todo lo contrario: es una fuente de agua pura, incontaminada, cuya agua no está reservada sólo para algunos, sino que se ofrece a todos. Aunque no tuvo más hijos en la carne, aparte de Jesús, la maternidad de María se extendió más allá de los límites del espacio y del tiempo en que vivió. Su ternura, su sabiduría, sacian la sed de todos los que se le confían. Del mismo modo, nuestro modo de amar en las relaciones cotidianas en la familia, con los amigos, en las comunidades, requiere pureza de intención, gran respeto, pero no cerrazón: los dones de virtud y de gracia que hemos recibido de Dios, ante todo el don de la vida misma, ¡nos son dados para ser ofrecidos al mundo!

En su predicación, el propio Jesús utiliza de buen grado el símbolo del agua, sobre todo para indicar el don del Espíritu y la gracia del renacimiento que el creyente recibe mediante el Bautismo. Refiriéndose claramente a las palabras con las que el amado se refiere a la amada en el Cántico, en el evangelio de Juan Jesús promete a la samaritana un manantial interior de agua viva que brota para la vida eterna (Jn 4,14). En el capítulo 7, Jesús renueva esta promesa dirigiéndose a todos los que estén dispuestos a escucharle, mientras se encuentra en el Templo abarrotado de gente que ha venido para la fiesta: "El que tenga sed, que venga a mí y beba el que crea en mí; como dice la Escritura, de su seno brotarán ríos de agua viva" (Jn 7,38). E inmediatamente el evangelista comenta: "Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que los creyentes recibirían en él: pues aún no existía el Espíritu, porque Jesús todavía no había sido glorificado" (Jn 7,39).

Este énfasis es importante, porque nos ayuda a comprender dos cosas: la primera es que los propios discípulos, aunque vivían en estrecho contacto con Jesús, no siempre entendían sus gestos y palabras. Para comprender que el agua viva prometida es el Espíritu, tuvieron que esperar a la resurrección de Jesús: sólo en la nueva fe de la Pascua encontraron el valor para abrirse por fin al don de una vida verdaderamente nueva.

En segundo lugar, estas palabras nos invitan a reconocer en el don del Espíritu la posibilidad de compartir la íntima comunión del Padre con Jesús, que se manifestó plenamente en Pascua, cuando del costado abierto del Hijo en la cruz brotó un río de agua viva (Jn 19, 34). Esa herida, además, permanece abierta para siempre, de modo que siempre podemos ir a beber de ella, hasta que el agua se convierta también en cada uno de nosotros en manantial vivo para la eternidad.

El segundo relato de la Creación afirma que del Jardín del Edén fluyen cuatro grandes ríos que riegan el mundo entero (Gn 2:10). De hecho, el agua es la vida. Sin agua, la tierra se seca y las criaturas mueren. Así, si Dios retirara su Espíritu del mundo, todo se marchitaría. Pero Dios promete a sus criaturas ambas cosas: el agua y el Espíritu. Sin embargo, la experiencia de la escasez y la contaminación del agua está a la vista de todos, y afecta especialmente a los más pobres entre los pobres. Hemos recibido el don de la vida y recibimos continuamente el don del Espíritu: somos responsables, para que ningún viviente vuelva a morir de sed o de enfermedad causada por el envenenamiento de los manantiales. Pidamos a María que nos ayude a hacer pronto y bien, todo lo que esté a nuestro alcance.